





© 2017, Telefónica



Material desarrollado para el proyecto Dialogando. www.dialogando.com Contacto: dialogando@telefonica.com

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopiado, grabado o de cualquier otro tipo) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

Texto escrito por Sandra Gómez Rey

Maquetado e ilustrado por Julia Pérez Ruiz y Ana Lapresta Adiego

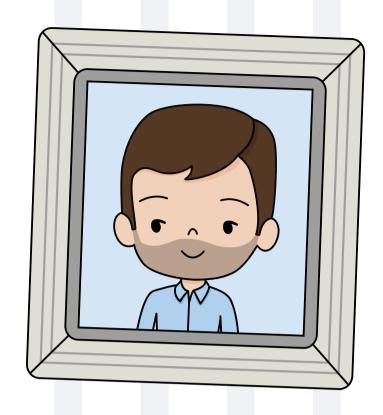




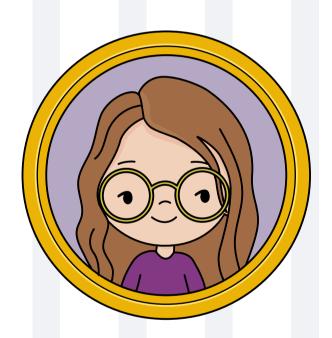
Escrito por Sandra Gómez Rey

Ilustrado por Julia Pérez Ruiz Ana Lapresta Adiego









Esta es mi familia.

Leo es mi hermano pequeño. Tiene 2 años.

Solo sabe decir tres palabras: mamá, papá y cagugo, que rima con besugo, y me hace gracia.

Mis padres no entienden a Leo cuando dice *cagugo*. Bueno, en general, los padres no entienden a los hijos a menudo. Sobre todo cuando nos ven hablando por WhatsApp o haciéndonos *selfies* sin parar.

Se ponen muy nerviosos. Es normal. Los padres usan Internet sólo para temas serios.

Mi padre y mi madre son los que ves sentados en el sofá, a nuestro lado. Ellos se enamoraron hace mucho, mucho tiempo, cuando no existían las tabletas digitales y los teléfonos móviles no tenían Internet.

Un día, se miraron a los ojos y se sonrieron.

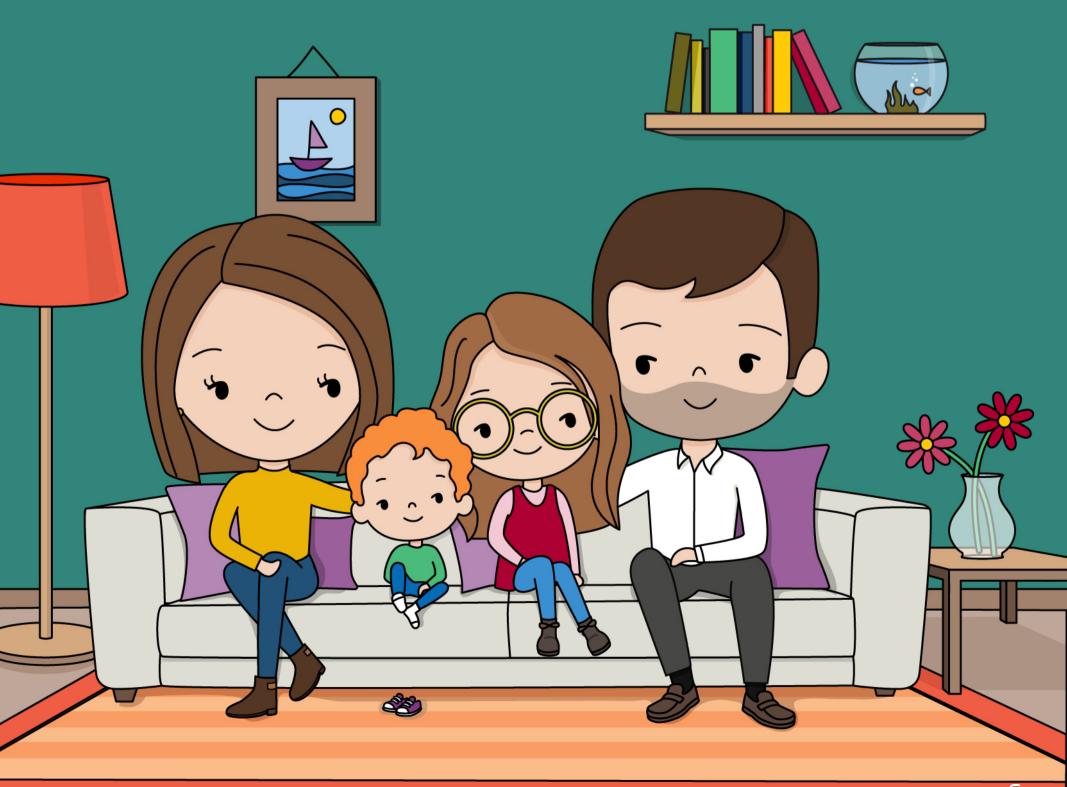
Y así fue como decidieron formar una familia.

Sin chatear ni nada.

Con la típica mirada superprofunda, tipo rayo láser, disparándose amor con los ojos casi cerrados.

Muy raro todo, la verdad.

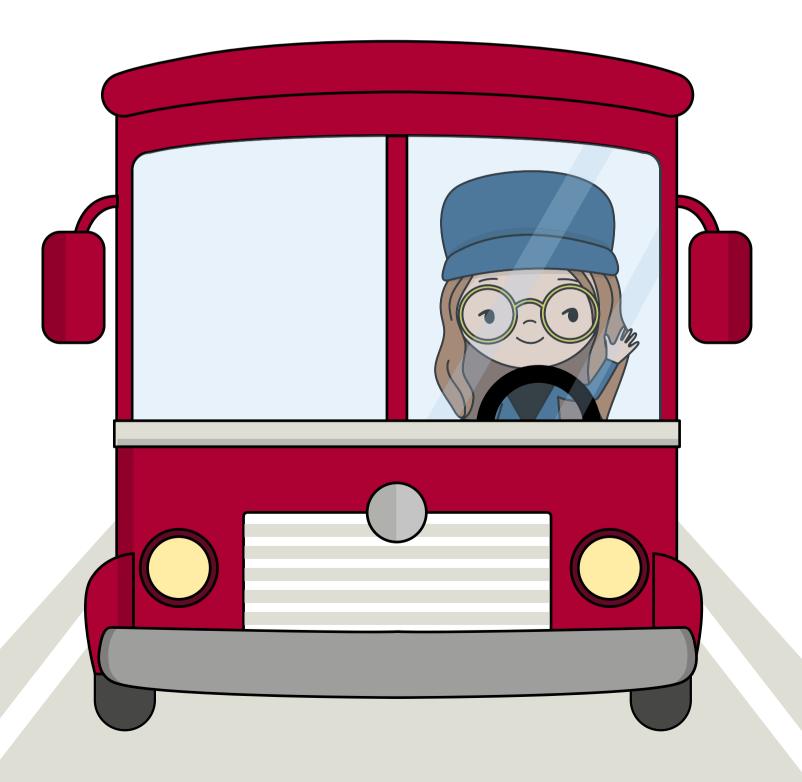
Pero es que los padres son de otro momento de la historia de la humanidad.



Yo me llamo Sara, tengo 11 años y de mayor quiero ser conductora de autocar. En mi videojuego favorito soy la más rápida subiendo a mi autocar a personas mayores y llevándolas de excursión por todo el mundo.

Por eso quiero ser conductora de autocar en la vida real. Para ayudar a que las personas mayores no se sientan solas y sean felices.

Pero mis padres no saben nada de esto. Ellos trabajan todo el día y casi no les veo. Les echo de menos. Y Leo también.





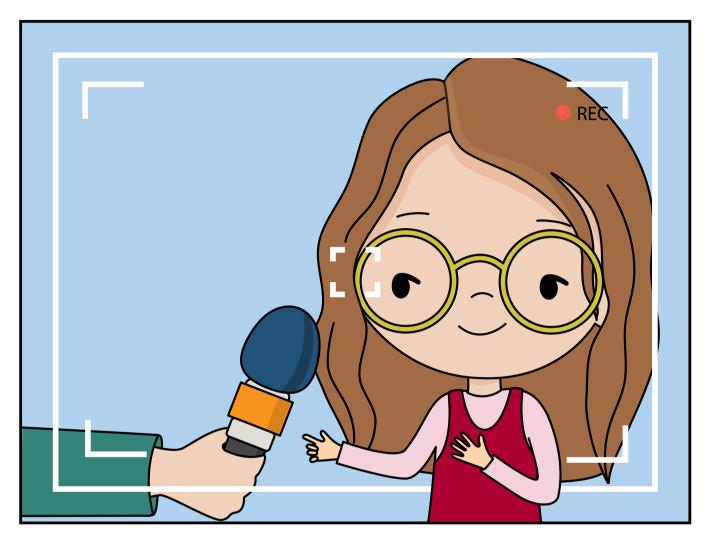
Esta es mi familia.

Una familia bastante normal dentro de lo que cabe.

Aunque desde ayer ya no somos tan normales.

Ha ocurrido algo extraordinario que ha cambiado nuestras vidas para siempre.

Y ahora todo el mundo habla de nosotros.



Por eso, nuestra casa está llena de periodistas.

Nos están haciendo una entrevista para un canal de noticias.

Y vamos a salir por la tele en un reportaje que va a ver mucha gente.

- "Estamos grabando".
- "¿Empiezo a contarlo ya?" —le pregunto a la periodista.
- "Adelante. Cuando quieras" —me responde.
- "Había una vez...".
- "Un momento, Sara, esto no es un cuento" me interrumpe mi padre.
- "No se preocupe. Que Sara lo cuente como ella quiera".

CAPÍTULO 1

PANTALLAS

Había una vez dos niños, mi hermano Leo y yo. Nos pasábamos las horas jugando con nuestros dispositivos digitales.

Leo adoraba su tablet.

Con ella coloreaba sus animales preferidos, todas las tardes. *Cagugo, cagugo...*

Yo flipaba con mi ordenador portátil. Cada día batía récords jugando a videojuegos.



A la hora de comer, Leo veía los dibujos animados en su tableta. Sin ella no comía, y empezaba a gritar y a llorar desesperadamente. ¡Cagugoooo! ¡Cagugoooo!

Por la noche, yo jugaba a videojuegos con mi portátil en la cama hasta la madrugada.

Al día siguiente me moría de sueño en clase y me quedaba dormida delante del profesor.

Leo nunca compartía la *tablet* conmigo. ¡Cagugo!

Y yo, en mi habitación, nunca compartía el portátil con Leo.

A todo esto, Gigi Mae, nuestra canguro, nos vigilaba a su manera. Su manera consistía en no despegar los ojos de la pantalla del móvil. Muy bonito.





Pero de repente, ayer ocurrió algo verdaderamente inesperado.

Leo y yo nos levantamos por la mañana y descubrimos que nuestras cabezas se habían transformado en un dispositivo digital.

La cabeza de Leo había mutado a una tableta táctil. Y mi cabeza..., ahora tenía la forma de un ordenador portátil.

¡Menudo imprevisto! ¿Cómo había podido ocurrir?

CAPÍTULO 2

CABEZAS

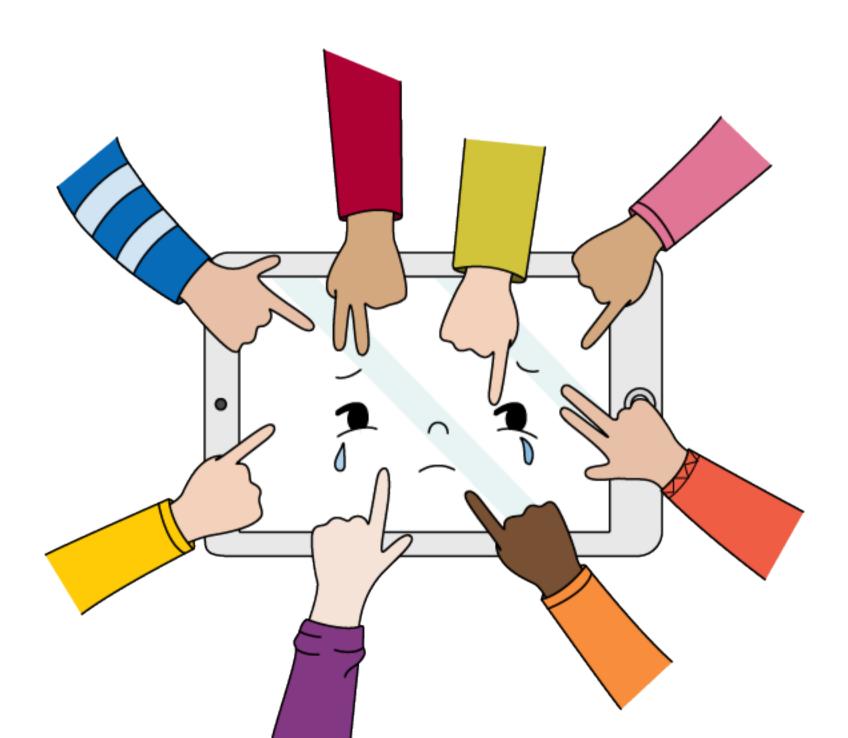
Gigi Mae nos llevó al colegio a Leo y a mí.

Como no levantó la vista de la pantalla de su móvil, Gigi Mae ni siquiera se dio cuenta de lo que les había ocurrido a nuestras cabezas.

En el patio, no quise hablar con nadie. Mi cabeza cuadrada, como una pantalla de ordenador, era de lo más pesada e incómoda.

Tampoco Leo jugó con nadie en todo el día. Estaba de muy mal humor por culpa de su cabeza táctil.

Fue un día horrible, que aún iba a ser más horrible al salir de clase.



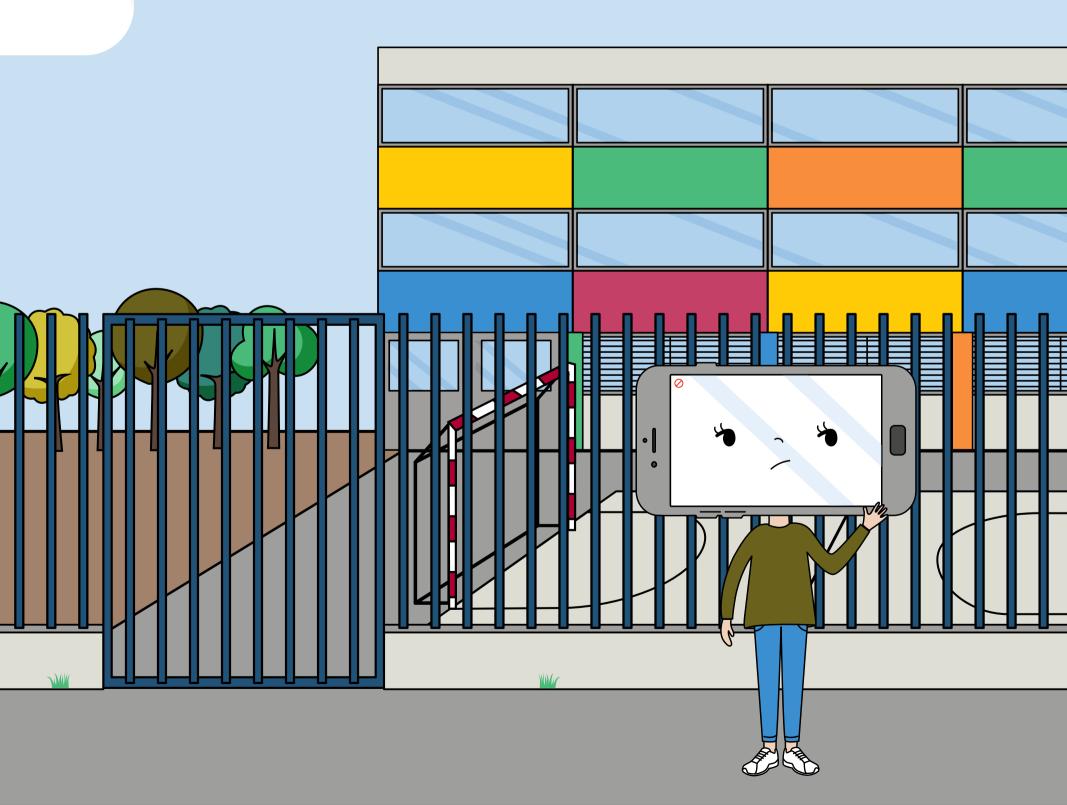
En la puerta del colegio, descubrimos que la cabeza de Gigi Mae se había convertido en un teléfono móvil. ¡Para alucinar!

— Tú también —fui capaz de decir.

Pero Gigi Mae no me respondió. Su cabeza de móvil no tenía cobertura y no podía hablar.

Ya en casa nos pusimos a pensar.

Leo cogió su tablet. Repetía sin parar *cagugo*, *cagugo*, *cagugo*. Y entonces lo entendí todo.



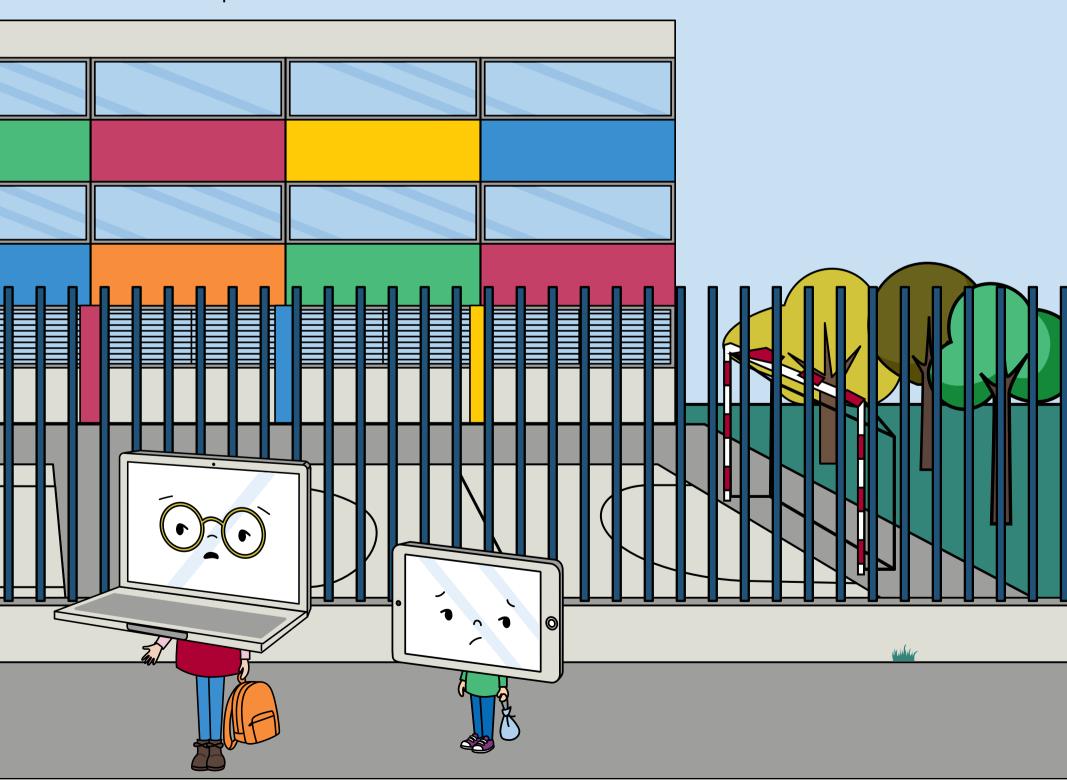
Habíamos pasado tanto tiempo con la tableta y el ordenador que nuestras cabezas se habían convertido en estos aparatos tecnológicos.

Por eso, Leo llamaba *cagugo*, o sea CANGURO, a su tableta. Porque la tableta era quien le cuidaba, en realidad.

Pero los niños necesitan ser cuidados por humanos. Y que esos humanos les presten atención, si no es mucho pedir.

Decidí pasar a la acción. Mis padres estaban a punto de llegar. Si nos encontraban con las cabezas tan alocadas nos la íbamos a cargar.

Improvisé.



Le dije a Gigi Mae que recordáramos los consejos que nos daban mis padres sobre cómo usar los dispositivos, y que nunca seguimos. Muy mal por nuestra parte.

Así que empezamos a hacer memoria por si servía para recuperar las cabezas.

Esta es la lista de lo que nos acordamos:

- 1. Usar la tableta y el ordenador 2 horas al día como mucho.
 - 2. Decidir en qué situaciones los íbamos a usar: no a la hora de comer, tampoco a la hora de dormir ni como sustitutos de los amigos.
- 3. Jugar con ellos fuera de nuestra habitación, en un sitio donde esté toda la familia.
 - 4. Usarlos sin conexión a Internet hasta que sepamos cómo hacerlo con seguridad.
 - 5. La tablet y el ordenador son de todos. Así que, ¡a compartirlos!

Leo, Gigi Mae y yo nos cogimos de las manos. Gritamos bien fuerte lo que habíamos escrito en la lista.

Y de repente, *¡PAF!* Un estallido. Sentí que me salía humo de la cabeza, cuando oí a mis padres entrar por la puerta.



CAPÍTULO 3

EN FAMILIA

La idea de la lista y gritar con todas nuestras fuerzas había funcionado. ¡Mi cabeza y la de Leo habían vuelto a la normalidad! Menos mal.

Pero aquí no acaba todo.

Mi padre viajaba mucho por trabajo. Así que apenas le veía.

Mi madre trabajaba mucho en una relojería. A ella la veía un poco más, pero tampoco mucho.

Leo y yo los echábamos de menos. Bueno, esto ya lo dije al principio.

Entonces, cuando Leo, Gigi Mae y yo fuimos a recibir a mis padres nos quedamos paralizados, como estatuas de mármol.

¡Sus cabezas también habían mutado! Madre mía...

La cabeza de mi padre se había convertido en una maleta de viaje.

Y la cabeza de mi madre ahora era un reloj gigante.

- No sabemos cómo ha ocurrido —nos dijo mi madre preocupada.
- Nosotros sí —dije yo, tranquilizándola.

Nuestros padres habían dedicado tanto tiempo al trabajo que sus cabezas se habían convertido en puros objetos de trabajo y nada más.



Así que entre todos nos pusimos a hacer una lista. Les ayudamos a recordar las cosas que les habían hecho felices tiempo atrás.

- $oldsymbol{1}$. Se acordaron de cuando íbamos juntos al río a coger piedras blancas como la Luna.
 - Del día en que papá perdió un zapato buscando nuestros asientos en una sala de cine a oscuras. ¡Qué risa!
- 3. De cuando mamá no estaba tan cansada y nos contaba cuentos increíbles antes de dormir.
 - De la sorpresa de papá a mamá en su décimo aniversario de boda, contratando a un grupo de mariachis que desafinaba como un gato afónico.

Después, se cogieron de las manos y gritaron sus recuerdos con todas sus fuerzas.



Y entonces, sus cabezas hicieron ;PAF!

Y de dentro les salió humo.

Y, por fin, volvieron a ser mamá y papá con las cabezas en su sitio.

Esto es todo. Así que...,¿cómo era? ¡Ah sí! Colorín colorado este cuento se ha acabado.

Fin



- "Vaya, vaya, menuda historia" —dice la periodista.
- "Ahora lo único que importa es estar con Sara y Leo" responde mamá acariciándonos.
- "Además, tenemos que acompañarles en la gran aventura de explorar el nuevo mundo de las tecnologías. Por muchas dudas que tengamos, tenemos que estar a su lado, guiándolos. Nos necesitan" —dice papá, con una gran sonrisa.
- "¿Contenta con este final, Sara?"

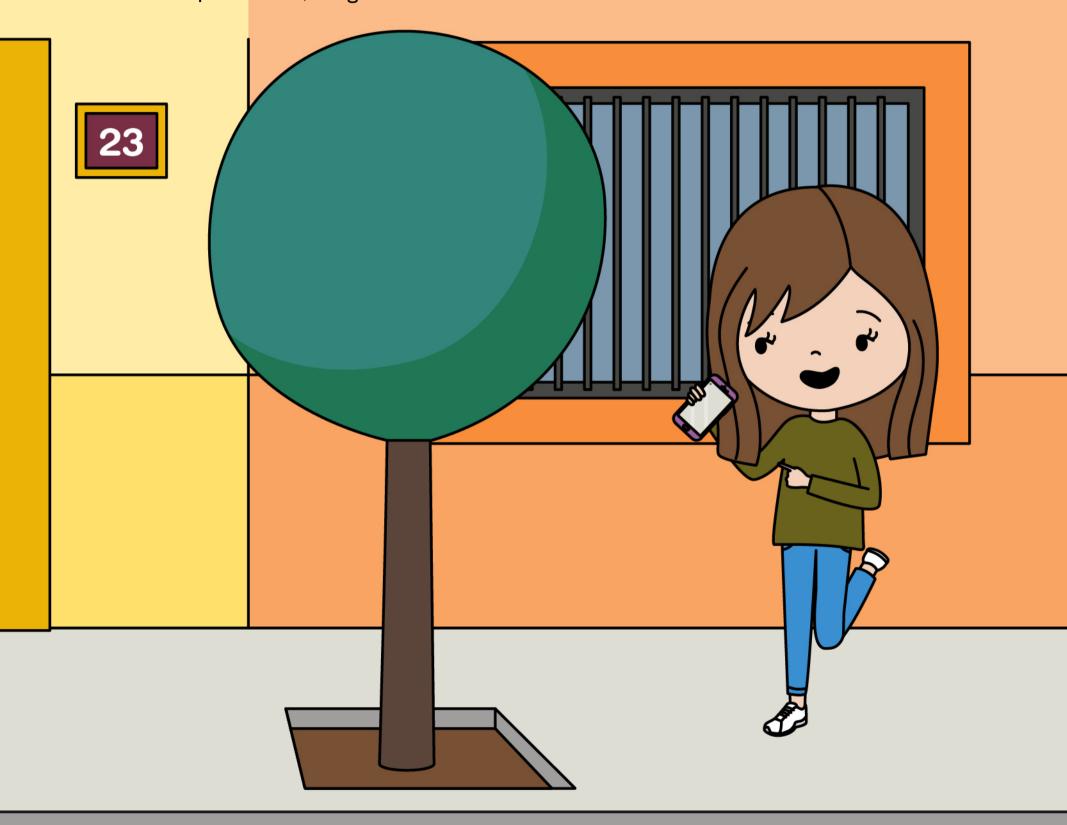


— "Tú nunca aprendes?" —le gruño, refiriéndome a su móvil.

Ella me mira y me lo enseña, mientras se ríe como una hiena chalada.

"¡Es de juguete! Ji, ji, ji, ji".

A todos se nos contagia su forma divertida de reír. Por fin, mi familia vuelve a ser bastante normal y feliz. ¡Hasta otra, amigos!



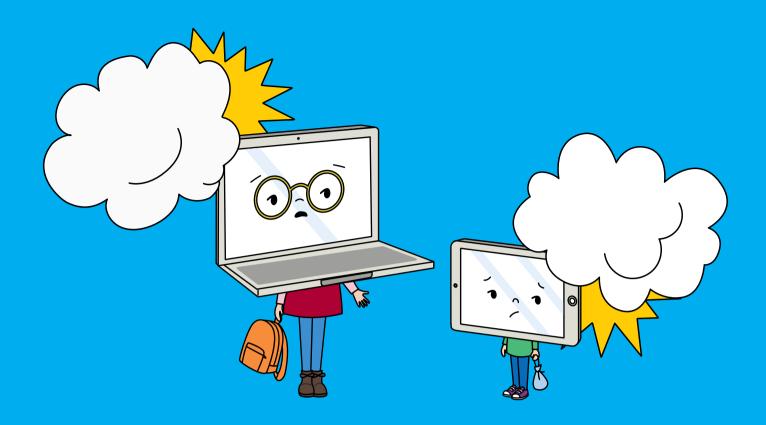
DIALOGANDO

La revolución digital es una de las mayores transformaciones por las que atraviesa el mundo. Si bien este proceso de cambio trae consigo múltiples oportunidades que nos permitirán avanzar en el desarrollo de la sociedad, también existen algunos retos cada vez más presentes en la vida diaria.

Conscientes de esto y con el propósito de fortalecer la confianza de las personas en el mundo digital, Telefónica ha trabajado en los últimos años con múltiples aliados para que Internet sea un lugar abierto, seguro y confiable para todos. Con este objetivo, hemos desarrollado el portal web Dialogando: un espacio para debatir sobre todo lo que ocurre alrededor de la Red y los dispositivos conectados. Desde cómo podemos ayudar a nuestros hijos a gestionar su identidad digital, hasta cómo debemos gestionar nuestra privacidad. De cómo nos relacionamos a través de la tecnología, al uso excesivo que en algunos momentos hacemos de Internet. Queremos ser parte de todas estas conversaciones.

Te invitamos a compartir tus experiencias y a conectarte con nosotros porque dialogar es la mejor forma de promover en el mundo digital los valores que queremos ver en nuestra vida diaria.





Sara, de 11 años, y su hermano Leo, de 2 años, pasan mucho, mucho tiempo jugando con la tableta y el ordenador. Un día descubren que sus cabezas han mutado...¡plaf!... y se han convertido en dos pantallas enormes. ¡Menudo imprevisto! ¿Qué van a hacer ahora? ¿Conseguirán recuperar sus cabezas antes de que sus padres regresen de trabajar y los descubran? Una historia increíble y sorprendente sobre el impacto de las nuevas tecnologías en la infancia y la adolescencia, y la importancia de la educación para un uso responsable.

